ciudad. Amonestado por el profeta Nathán, hizo penitencia, expresando su arrepentimiento en un salmo famoso: el Miserere. Dios, sin embargo, le castigó severamente: murió el niño, que era el fruto de sus amores; después, su primogénito Amón violó a su media hermana Thamar; el hermano uterino de ésta, Absalón, mató al culpable y huyó al extranjero; habiendo conseguido al poco tiempo el perdón de su padre, le aprovechó para intrigar contra él, ciñendo la corona y mandando al frente de sus partidarios contra Jerusalén. Mientras David, ya viejo, huía al otro lado del Jordán, su general, Joab, entablaba un duro combate con el rebelde y le mataba en la batalla. Instalado de nuevo en el trono, tuvo sus últimos disgustos con el problema de la sucesión. Muerto Absalón, quedaba su hermano Adonías, hombre bello y elegante, que empezó a actuar como rey. David, sin embargo, seguía teniendo una gran predilección por Bethsabé, a quien había prometido dejar como heredero a su hijo Salomón. La astuta reina entró un día a las habitaciones del viejo monarca para exigirle el cumplimiento de su promesa, llevando como portavoz al profeta Nathán. Salomón fué entronizado solemnemente con gran indignación de Adonías, y a poco el rey murió.

Tales son los hechos que se cuentan en los dos libros que se llaman de Samuel en el texto hebreo y de los reinos en la versión de los Setenta. San Jerónimo declara que prefiere el título de libros de los Reyes, que ha prevalecido en la tradición latina. No encontramos en ellos el cuadro teológico ni la cronología sistemática del libro de los Jueces, pero hay en ellos una profunda unidad que se manifiesta en un desarrollo progresivo de los relatos hasta llegar a David y a la legitimidad de su dinastía, en la cual va a fundirse la realeza con la teocracia yavista. La crítica ha desistido ya de atribuir a Samuel o a Nathán la composición de esta obra, que, a juzgar por las repeticiones, las diferencias de estilo y hasta las varias tendencias políticas, tiene todos los aspectos de una compilación. Es un fenómeno natural, si se piensa en la superabundancia de documentación de que disponía el autor sagrado, en la floración literaria, que se manifestó desde el siglo X en diversos centros proféticos y en la viva simpatía que despertó la figura de David, el héroe principal del relato. El compilador, que se esforzó por poner orden en esta documentación venida del norte y del sur, debía trabajar después del año 722, ya que la ruina de Samaria le ofrece la ocasión de exaltar la estabilidad de la dinastía davídica, y esta exaltación parece ser una alusión indirecta a la desaparición del reino de Israel.

(*Continuará.*)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Consigna. N.º 167, 1/12/1954.